

# LAS FIERAS FÚTBOL CLUB™

NIVEL 2.0



## EL GIGANTE QUE SUSURRA

Joachim Masannek

**LAS FIERAS**  
**FUTBOL**  
**CLUB**™

**NIVEL 2.02**

**EL GIGANTE QUE SUSURRA**

**Joachim Masannek**



**DESTINO**

## Índice

|   |     |
|---|-----|
| Olor a tempestad nocturna.....                        | 7   |
| La victoria se va al agua .....                       | 14  |
| Las Protofieras.....                                  | 23  |
| Jugando a «quitarse la careta».....                   | 35  |
| Fieros y rabiosos .....                               | 43  |
| Gélida pesadilla pascual.....                         | 55  |
| ¡Éramos los mejores!.....                             | 58  |
| El renacimiento.....                                  | 62  |
| AT-Compatible .....                                   | 70  |
| Willi, lárgate.....                                   | 79  |
| Un día con Vanesa .....                               | 96  |
| Adultos a los trece.....                              | 102 |
| Más fieros que nunca .....                            | 110 |
| Corazón sin corazón.....                              | 122 |
| Entre traidores.....                                  | 132 |
| Miedo y nada más .....                                | 142 |
| ¿Dónde está Marlon?.....                              | 153 |
| La Rueda de la Fortuna .....                          | 164 |
| Tienes que decidirte, Vanesa .....                    | 179 |
| Certamen de fútbol <i>freestyle</i> - 1.ª parte ..... | 185 |
| Lágrimas en la lluvia.....                            | 193 |
| Con el corazón de un lobo.....                        | 197 |

Fiero para siempre

Fiero para siempre

Bueno para siempre

Hirviendo de rabia

Sé siempre fiero

Sé siempre bueno

Hagas lo que hagas<sup>1</sup>

1. Banana Fishbones, *Für immer wild*, título de la banda sonora de Las Fieras 3 (2005).

## Olor a tempestad nocturna

Caían rayos y truenos cuando salíamos del Azote del Trueno pasada la medianoche. La lluvia nos calaba hasta los huesos y refrescaba nuestro ánimo caldeado. Nos mirábamos y nos reíamos, y vociferábamos nuestros nombres como si fueran un sortilegio mágico que nos traería suerte.

—¡Eh, Raban!

—¡Eh, Nerv!

—León, lo has visto, ¿no?

Mientras por el loro Solo-ante-el-peligro, que Juli llevaba en el sidecar de su bici, retumbaba nuestro himno, *Todo irá bien mientras seas una Fiera*, revivíamos en los ojos radiantes de los demás el gol decisivo: Nerv cayendo desde las alturas; la mirada asustada de Klette, convencida, como los demás Lobos, de que nuestro compañero se haría papilla contra el suelo; nosotros extendiendo la bandera de Las Bestias Bestiales a modo de lona de salvamento; Nerv cogiendo impulso en plena caída con la pierna izquierda y propulsando con sangre fría la derecha,

su pierna buena; el pobre Gilead, el portero de Los Lobos, dándose cuenta de que no tenía la menor oportunidad; la bola, roja como la lava, entrando rasa por la derecha, rebotando contra el palo y haciendo aletear el fondo de la red como alas de mariposa... Casi no podíamos creerlo. Un gol de ensueño.

Cuando Nerv, también grácil y aleteante cual mariposa, cayó con los brazos extendidos al cielo sobre la tela salvadora, lo volteamos al menos una docena de veces entre gritos de júbilo.

Vaya zorro astuto estaba hecho la inofensiva criaturita. ¿Os dais cuenta? Estábamos en la Liga de los mejores, la «Liga del nueve», y pronto, en dos semanas, el primer domingo después de Pascua, jugaríamos nuestro primer encuentro en el Azote del Trueno. El certamen de fútbol *freestyle*, ¿oís? Daba igual qué insidiosas reglas se escondieran tras ese nombre, nada nos asustaba. Estábamos preparados.

Y como yo, Marlon, era ese día el jefe, guié a las siete Fieras que aún quedábamos desde el Bosque Salvaje,<sup>2</sup> cruzando el Vado Mágico,<sup>3</sup> hasta la ciudad, donde la refrescante tormenta había cesado hacía rato.

2. Bosque al oeste del Territorio Fieras donde se encuentra la pista cubierta en la que Las Fieras se entrenan durante el invierno. Volumen 7: *Maxi Fútbol Maximilian*.

3. Cruzando el Vado Mágico se sale de la ciudad y se entra en el Bosque Salvaje. Volumen 7: *Maxi Fútbol Maximilian*.

Mi hermano León *el Superdriblador*, cazador de goles y servidor de pases a gol, iba pegado a mí como si fuera mi sombra. A su lado, sobre el asfalto aún húmedo, iba Raban *el Héroe*, con sus gafas de culo de botella brillando como reflectores y su rueda de tractor en la parte trasera. Detrás de él, Markus *el Imbatible* y Maxi *Futbolín Maximilian*, el hombre del Bum más potente del mundo, propulsaban con tracción a manos y pies el buque insignia de la horda negra. Y a su lado, en el sidecar multifunción, Juli *Huckleberry Fort Knox*, el mejor defensa, y Nerv, el que pone de los nervios, cantaban la canción de nuestra victoria. Los focos de nuestras bicis brillaban como soles. Las turborruedas<sup>4</sup> de inercia ronroneaban y sobre los depósitos de nuestras bicimotos brillaba nuestro rugiente logo.

«Raaaa», despertaron nuestros cantos a toda la ciudad. Y es que todos debían saberlo: allá íbamos otra vez. El equipo más fiero había vuelto y ninguna maldición ni ningún reniego podrían impedirlo:

—¿Es que estáis chiflados?

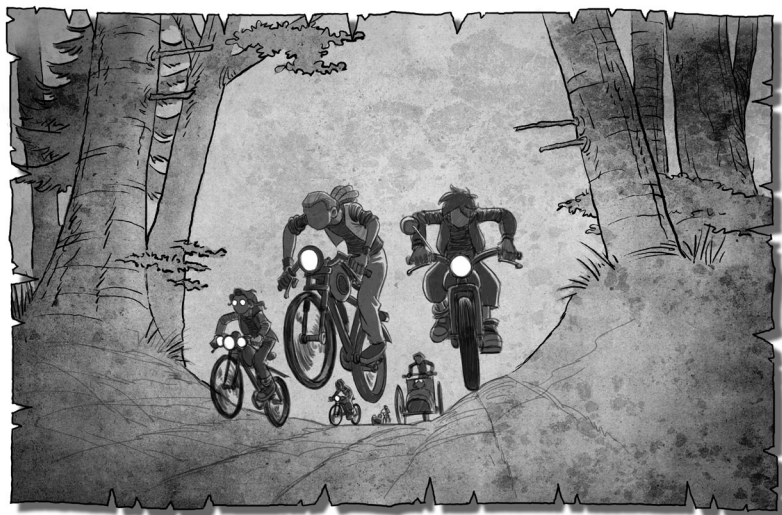
—Vaya caradura.

—Los niños de hoy no tienen modales.

—¿Dónde están vuestros padres?

4. Las turborruedas fueron una aportación de Annika, la Dama del Dragón, a Las Fieras. Volumen 12: *Rocce, el Mago*.





—¿No deberías estar en la cama?

—Os tendrían que... ¿oís?

Pero a nosotros nos resbalaba. Nos sonreíamos y, mientras nos adelantábamos los unos a los otros de camino hacia la casa de Maxi, en la Alten Allee, despertamos a la madre de Juli, pasamos dando gritos por delante de la heladería de mi padre, dejamos temblando la calle de Raban y le dimos un susto al padre de Markus.

—Fútbol, allá vamos —oyó éste justo en el momento en que soñaba que Markus le decía lo que quería oírle decir desde hacía años: «Papá, quiero dedicarme al golf profesional». Pero lo que oyó fue nuestro: «Fútbol, allá vamos».



Se despertó de su sueño y corrió a la ventana bajo la que pasábamos como bólidos.

—Fútbol, allá vamos —cantamos todos, y Markus más fuerte que nadie—. Porque sin ti, fútbol, no soy nada.

Yo comandaba la horda, y me sentía tan feliz, que por un momento lo olvidé todo. Sí, olvidé lo que había pasado en el partido, que Vanesa se había ido y por qué y lo enfadada que estaba. Enfadada y triste, sí, y desesperada. Desesperada porque yo me había visto en secreto con Abril, la Loba de Ragnarök, y había permitido que me besara. Y porque Abril me había pedido que me uniera a Los Lobos.

Maldita sea, estaba tan contento que lo había olvidado. Porque allí estaba yo, con Las Fieras. Era tan feliz que me metí en la calle donde vivía Vanesa. Vi a mi novia tras la ventana y la saludé con la mano. De la alegría, se me quebró la voz al gritar:

—¡Lo hemos conseguido. Ven con nosotros al Caldero del Diablo a contárselo a Willi, a darle las gracias!

La miré radiante. Aún la veía bailando sobre la valla de madera, la valla que, ladeada por el viento, rodeaba el Caldero del Diablo. La veía recorriéndola con los ojos vendados y superando el Test Lancelot al cuadrado, mientras Los Lobos de Ragnarök, que espían nuestro entrenamiento, se quedaban pasmados y se tragaban sus burlas.

Reviví cómo había ido todo: mi pase había sido demasiado impreciso, demasiado corto, y ella no había podido alcanzarlo. Así que saltó de la valla, corrió a una de las banderas que colgaban de la torre que había en la esquina, se impulsó con ella como si fuera una liana, volvió al terreno de juego y, estirándose al máximo, pudo rozar con la punta del pie el cuero poco antes de que éste tocara el suelo y pasármelo con autoridad.

—¡Raaaa! —grité—. Ven, Vanesa. Lo hemos conseguido. Vamos al Caldero del Diablo.

La miraba radiante con el puño en alto. No podía ver las lágrimas en sus ojos. Y para darme cuenta, para notar las lágrimas de Vanesa —como en realidad habría debido porque la quería—, para eso el mundo olía demasiado bien. Después de la lluvia, el aire era tan limpio y puro... Y los colores, a pesar de la oscuridad, relucían como si alguien acabara de pintarlo todo, como si todo acabara de nacer, como si todo desbordara fiereza. Y con la convicción de poderlo todo, me puse a la cabeza de Las Fieras colina arriba a toda velocidad. Íbamos tan de prisa que casi saltamos por encima. Chillamos alborozados.

—Eh, Willi, despierta de tu sueño de Bella Durmiente.

—Se acabaron los sueños.

Vimos la luna llena en el cielo y cómo su luz caía en el Caldero del Diablo. Parecía salir de él y no del cielo. Y

en el mismo momento en que las nubes de tormenta cubrían su faz y la oscurecían de repente, el mundo pegó un vuelco.

—¡Cuidado, Marlon! —oí chillar a León detrás de mí.

—¡Desastre pringososulfúrico! —gritó Nerv junto a Juli.

Mi bici BMX se atascó en el barro y su megarrueda trasera se separó tan bruscamente del suelo que me hizo salir despedido por encima del manillar. Aún tuve tiempo de ver cómo León se caía a mi lado y cómo Markus y Nerv salían volando por encima de mí. Primero los oí gritar y después oí el *chof*, el doble *chof*, al aterrizar ambos en el suelo encharcado. El reflejo de las nubes sobre el agua estalló. Y es que todo el Caldero del Diablo era un lago en el que se reflejaba el cielo. Oí a mi lado el siseo de la rueda del sidecar, que se elevaba al cielo. Lo oí cada vez más lento, más lento... hasta que se hizo el silencio.

